

No; éstos no son sino bandidos.—Allá arriba se calientan, no ven más que su idea, se hinchan, como nuestros primeros revolucionarios, con frases de periódicos; tienen la cólera pronta, la esperanza infinita.

Según ellos, todo el mal en la actualidad viene aún de Francia, que manteniendo el Papa en Roma, conserva un foco de intrigas. Roma es un absceso que pone enfermo á todo el cuerpo. Francia, desde hace sesenta años, ha hecho progresos enormes en ciencias, en bienestar, pero ninguno en religión ni en moral; permanece en tan bajo nivel como antes, por su excesiva sujeción al clero. Aquí zumban ahora las frases del siglo XVIII.

«La lucha en Italia—dicen ellos,—se libra entre la educación y la ignorancia. Toda la clase inteligente es liberal; entended toda la clase media. Los nobles se enfadan; ved el gran barrio aristocrático en el camino de Herculano; todas las casas están cerradas. El populacho de Nápoles, á quien los Borbones concedían toda clase de licencia, no está contento, y si los austriacos volviesen, habría violencias; pero el verdadero pueblo, los artesanos, los hombres que tienen un fondo de honradez y que trabajan, se unen poco á poco. Si hubo cuatro en el partido retrógrado al día siguiente á la Revolución, no hay hoy más que dos. La libertad produce su efecto. El ejército, sobre todo, es una escuela de unión, de instrucción y de honor. Se enseña á los soldados á leer y escribir; oyen hablar de Garibaldi, de Víctor Manuel, de la patria. Las familias no se aterran y desconsuelan, como antiguamente, cuando se les toman sus hijos. Hay en las filas hombres de todas las clases; hijos de aldeanos marchan al lado de los hijos de los médicos y abogados. La sustitución

militar es difícil; se exige un hombre que sepa leer, escribir, contar; el que sustituye debe saber leer, escribir y contar; así, tal hijo de noble no ha podido encontrar uno y ha tenido que alistarse.» No esperan más que una gran guerra como la del 92, para saldar todas estas desigualdades por la confraternidad de las armas.—«Sois los franceses una gran nación—añaden;—habéis salido de la esclavitud, no sufrís las cien mil infamias y miserias del régimen de los Borbones. Comprended, pues, que nosotros también tenemos necesidad de hacer nuestra revolución.»

*Conversación en ferrocarril, con un hombre de treinta años, comisionista de algodones.*—Recorre los alrededores y compra las cosechas para revenderlas á los ingleses. La campiña que rodea al Vesubio está ahora plantada de algodones. Según él, desde hace tres años se han hecho por aquella parte admirables progresos. Bajo los Borbones, imposible hacer nada, ni vender ó comprar. Nada de comercio; no gustaban del contrato con los extranjeros, y desanimaban la entrada y salida de las mercancías. En la actualidad, se es libre y todo ha cambiado. El aldeano, seguro de ganar dinero, planta y trabaja hasta en el estío. Al mediodía reposa, el calor es demasiado terrible; pero por la tarde, y por la mañana en las horas soportables, va á su campo. Bajo los Borbones no se hacía ni se podía hacer más que tres cosas: beber, comer, y á veces divertirse; respecto á lo demás, prohibición completa. Ni estudios, ni periódicos, ni viajes, ni conversaciones de religión ó de política; las denuncias eran perpetuas y las prisiones horrorosas; se sentía á cada movimiento una mano de inquisidor sobre el cuerpo. Que se tenga

solamente veinte años para sí, y se verá el cambio del país.

Ha viajado este hombre por el Mediodía, y reconoce que los bandidos forman una especie de *chuanería*, pero de baja estofa. El aldeano no les es demasiado hostil, porque es ignorante y supersticioso. Por otra parte, es imposible ir á los bosques en que se ocultan y se les envían sin cesar tropas reclutadas de Roma.

\* \* \*

Siempre los bandidos; no se habla de otra cosa: según los periódicos liberales, son malvados dignos de presidio; según los periódicos clericales, son insurrectos mártires. Yo he querido tener una opinión propia, y he leído el diario del general Borgés, español y borbónico, que ha atravesado últimamente el reino de Nápoles en toda su extensión, pero que ha sido preso y fusilado á algunas leguas de la frontera romana.

Después de esta lectura se pueden afirmar los hechos siguientes:—Borgés era una especie de vendeano: llevaba consigo gentes honradas, por ejemplo, sus oficiales.—Encuentra un cierto número de borbónicos, pastores, aldeanos, antiguos soldados, pero en corta cantidad. Las bandas que le apoyan, y que ocupan el país antes de su desembarco, se componen de ladrones y asesinos, que diez veces, en la toma de una aldea ó de una ciudad, saquean, violan, matan, usan de la guerra á lo salvaje.—La guardia nacional, las gentes acomodadas están en todas partes contra ellos.—Mi patrona de Sorrento decía: «Aquí y en los alrededores hay tres «piamonteses» por cada «bor-

bónico» (1), pero allá abajo, en el Mediodía, hay tres borbónicos por cada piamontés.» Todo está compensado.

Otra conversación en Castellamare, esta vez con un oficial retirado. Es un energúmeno, y habla con la verbosidad de un catequizador. Dice que los sacerdotes son los autores de todo el mal; que en Francia son religiosos y honrados, pero que aquí son ladrones y asesinos; que el foco de la conspiración está en Roma. Cita al famoso general Manhés que, bajo el mando de Murat, para sitiar por hambre á los bandidos, prohibía, bajo pena de muerte, llevar un trozo de pan fuera de la ciudad. A un sacerdote que habia salido con la hostia para un moribundo, lo hizo fusilar *col Santissimo nella mano* (2). El me condujo á una célebre capilla, y en el momento de entrar levantó los hombros de modo significativo. ¿No es curioso, después de sesenta años, encontrar jacobinos?

Cuando más periódicos leo y más hablo, más notable parecido encuentro. Nosotros también no teníamos desde luego más que una burguesía liberal; ha sido preciso la venta de los bienes nacionales y la invasión extranjera para unir los aldeanos á la Revolución. Nosotros también hemos combatido la insurrección intestina y hemos visto una guerra civil en la región más ignorante y más religiosa del país. Nosotros también hemos improvisado escuelas, una guardia nacional, un ejército, una justicia. Nosotros también he-

(1) Quería decir tres partidarios de Victor Manuel, rey de Piemonte, por cada católico papista, partidario de Francisco II, rey de Nápoles.—(N. del T.)

(2) Con el copón de las Formas en la mano.

mos visto á los nobles emigrar con el rey, y más tarde aburrirse malhumorados en sus tierras. Esta es la edición reducida de un gran libro, pero el nuevo volumen no está aún cosido, las hojas se tienen mal juntas, y le serán precisos, como al nuestro, para adquirir consistencia, diez años de espanto bajo una pesada prensa, ó sea bajo el temor del extranjero.

### Noche pasada con magistrados,

#### profesores y gente de letras

La mayor dificultad aquí, para el gobierno, viene del gran número de privilegios concedidos por los Borbones, y que ahora no tienen razón de ser. Por ejemplo, había una gran fábrica de manufacturas de hierro que costaba dos millones por año, y no producía nada; poco á poco los obreros habían sido reemplazados por hijos de oficiales ó de empleados, que ganaban cinco francos diarios, unos como obreros cerrajeros, como contramaestres otros; no iban más que á fin de mes y para recibir la paga; un corto número asistía á las oficinas, de once á tres. Llegó la revolución y se dejó de pagarles. Gritaron y se les pagó. Pero como se encuentra entonces muy costosa la fábrica, se saca á subasta; nadie se presenta. Al fin, un especulador atrevido la adquiere por diez años y conviene en pagar 48.000 ducados anuales de arriendo. Este nuevo arrendatario hizo venir á los empleados y falsos obreros: «Yo os pagaré como antiguamente, pero trabajaréis la jornada completa.» —Gritos y reclamaciones.—«Entonces trabajad el

tiempo que os plazca; os pagaré á tanto la hora.» Promueven un motín; los *bersaglieri* son acogidos con pedradas, y responden á tiros; después, todo ya en orden, la fábrica empieza á marchar, pero los privilegiados, al verse hambrientos, están furiosos. Uno de ellos decía: «Ved este miserable gobierno piamontés; yo tenía una plaza de 1.200 francos que me dejaba libre todo el día, é iba á servir otro destino en casa de un banquero; ahora aquellos descarados me suprimen mis 1.200 francos: me he casado y tengo dos hijos.»

Lo mismo ocurrió en Francia el año 91 con todos los oficiales de la casa del rey, de la reina, del delfín, de los príncipes, de los meninos y los jefes de trailla y otros.

El rey Fernando II ponía mano en las provisiones, como Luis XV en los negocios del trigo. Su ejército efectivo era de 95.000 hombres, y ponía 100.000 en el presupuesto para guardarse la diferencia. Además, guardaba para él, para sus favoritos, para sus secretarios, el derecho de designar sus empleados. Había de este modo dos clases: el empleado grueso privilegiado, que iba á la oficina una vez al mes para recibir la paga, y el empleado flaco ó servil, que hacía el trabajo y percibía una cuarta parte del sueldo de aquél.

Todas aquellas gentes están muy irritadas, lo que no tiene nada de extraño; los sacerdotes no se hallan contentos, y motivo tienen de no estarlo. Han perdido su crédito, y ya ni aun les ceden la acera en las calles. Hace tres años había tantos sacerdotes y eclesiásticos en Nápoles, que puesta á la ventana una señora de la casa donde estoy, en una calle frecuentada, veía pasar ciento en cada hora; casi en toda familia había un hijo eclesiástico; hoy son mucho menos numerosos. Des-

pués de la revolución se han ocultado; ahora se les ve reaparecer, salir, pasearse en grupos de dos ó tres. Creen que el gobierno quiere sitiarnos por hambre, que al tomar los bienes de los conventos se declara su enemigo, y trabajan contra él, valiéndose principalmente de las mujeres.

Catorce mil hombres de guardia nacional hay en Nápoles; esto no es nada para quinientos mil habitantes. Pretenden que podrían tener el doble; no sería tampoco excesivo. Responden que la plebe está aquí en cantidad enorme, que aun no se puede confiarle armas; se halla todavía en mal estado y es preciso instruirla. Desde luego, no es de temer mucho, ni capaz de levantar barricadas; hace tres años, en ausencia de toda autoridad, la guardia nacional ha bastado con holgura para mantener el orden. En cada municipalidad ocurre lo mismo; los capitanes prefieren no tener más que un número de hombres regular; no alistán á los semivagabundos ni á los que están comprometidos con el antiguo gobierno. Por lo demás, todos los aldeanos están armados y marchan airosamente con el fusil al hombro; es una antigua costumbre, efecto de las *vendette* y del bandidaje inveterado. Cuando Víctor Manuel llegó, se presentaron todos, así equipados, á su paso, prueba cierta de que no se sentían conquistados ni oprimidos. Un embajador extranjero que estaba allí, decía: «La Italia está hecha.»

Insisto en recordar la guardia nacional de 14.000 hombres; esa cifra sólo indica una burguesía gobernante y justifica hasta cierto punto las declamaciones de los adversarios, por ejemplo, las de un marqués napolitano, provincialista furibundo, que en París, hace quince días, acusaba en mi presencia á los guardias nacionales italia-

nos de ser una taifa desdichada; les llamaba traidores, cómplices de los piamonteses, diciendo que todo el pueblo, todos los nobles, salvo algunos desertores, sufren un yugo y se indignan allá ocultamente. Se me responde haciéndome leer los periódicos clericales vendidos en las calles de Nápoles, que repiten lo mismo, solamente que en términos más fuertes: esto prueba que nadie está amordazado. Además, la guarnición de Nápoles es de 6.000 hombres. ¿Es esto bastante para contener una ciudad de 500.000 almas que quisiera insurreccionarse? En cuanto á los modos de ganar á los aldeanos, hacen observar que el gobierno no tiene, como la Convención, una masa enorme de bienes nacionales que vender; que, desde el primer Napoleón, el régimen feudal fué abolido en el reino, y que ya un gran número de aldeanos son propietarios. Sin embargo, se van á desamortizar los bienes de los conventos confiscados, y esta venta unirá á la revolución muchos compradores; desde luego, se puede contar con el desmonte, con los nuevos cultivos, con el progreso de la riqueza pública. Este país es de una fertilidad maravillosa, hay tierras que producen á la vez siete cosechas: raíces, forrajes, uvas, naranjas, nueces, etc. Desde hace dos años el cultivo del algodón se ha propagado por todas partes y los beneficios han sido enormes; en vez de ocho ó diez ducados el quintal ha subido hasta 32 y 40. Los aldeanos ahora sacan la moneda de su bolsillo yendo al café; pagan sus préstamos y sus anticipos y empiezan á comprar tierras, que es su pasión. En algunas partes la cosecha ha bastado para pagar el suelo que la ha producido. Desde hace largo tiempo se observaba que había menos bandidaje y más trabajo en los distritos donde la

propiedad en pequeño se ha multiplicado, y Murat había dictado ya leyes en este sentido; así, en algunos puntos, se comienza hoy día á demarcar y dividir los terrenos de dominio. Unid á esto los bienes de la mano muerta, de que se hablaba siempre, y notad además que los capitales extranjeros acuden ahora, que se establecen fábricas, que se extienden los periódicos, que un napolitano (es experiencia hecha) aprende á leer y á escribir en tres meses, pues no hay raza más fina, más pronta á apropiarse y á adivinar todas las ideas. El aldeano, enriquecido é ilustrado, se hará liberal.

Una de las personas presentes cuenta la conversación que tuvo poco hace con un soldado. Había él servido bajo los Borbones; cuando Garibaldi desembarcó con su reducida tropa, corrió el rumor de que traía 60.000 hombres; allá arriba, con el permiso de su capitán, los soldados de la compañía entregaron su fusil y se marcharon á sus casas muy tranquilamente. Proclamado Victor Manuel, nuestro amigo encontró á su hombre exceptuado como veterano; le da vergüenza, bien lo demuestra, por haber sido llamado nuevamente al servicio bien á su pesar. Al cabo de un año nuevo encuentro; esta vez el hombre está encantado, lleno de reconocimiento, y tiene aire marcial. —¡Ah!—exclama.—¡Qué contento estoy! He visto Milán, Turín, toda clase de ciudades; he aprendido á leer.—¿Y á escribir?—No muy bien aún, pero escribo mi nombre.—Toma, ahí tienes un duro; cuando sepas escribir tendrás otro.—He aquí un hombre transformado por la vida militar, que da costumbres de disciplina, de limpieza, el sentimiento del honor y de la patria. Nuestro amigo decía á uno de los soldados:—Vais á batiros por

el rey.—No—le contestó;—por el rey no, sino por la patria: hay un Parlamento.—Leen los periódicos, que cuestan un sueldo; pronuncian las grandes frases, un poco vacías á veces y de las que algo se abusa, pero nobles y verdaderas en este momento, que ejercen tan fuerte presión sobre los hombres. He escuchado en un vagón á dos italianos que volvían á ver Nápoles después de cinco años de ausencia. Uno de ellos decía: «Se mejoran; hoy es esto casi un pueblo moral.» Aun necesitan cierto tiempo; él lo consolidará todo, hasta la hacienda: es la gran llaga en estos momentos. El último año el déficit era de medio millón diario; ya se restablecerán poco á poco, á medida que la nación produzca y consuma bastante más. En el año próximo pasado, Nápoles vendió por cien millones de algodón, y este año la cosecha será aún mejor. Las aduanas del Mediodía no tenían apenas ingresos: todo estaba abierto á los contrabandistas, pero han puesto más aduaneros, y el hermano de uno de nuestros amigos, inspector, dice que este año el aumento será de 700.000 ducados.

Otro signo de paz. El gobierno hace quitar las madonas de las esquinas; se las encontraba por la mañana atravesadas de puñaladas, ya por los mazzinianos, ó ya por los borbónicos. Las van llevando á las iglesias vecinas. En ciertos barrios, las mujeres se amotinaban por esto, se desconsuelan, se retuercen los brazos; pero en muchos otros la multitud dice que esto está bien, que se profanaba á las efigies, pues la gente ensuciaba el muro que las sostenía, y ante ellas se blasfemaba.

Se saca de aquí una experiencia interesante y digna de ser seguida de cerca por los observado-

res: la de una revolución menos violenta que la francesa, menos desordenada por la intervención extranjera, pero la misma en el fondo, puesto que se trata, como entre nosotros los franceses, de transformar un pueblo feudal en un pueblo moderno, pero diferente en el sentido de que la transformación se hace en un vaso cerrado, sin explosiones; es verdad que un bayonetazo austriaco rompería el vaso en pedacitos. La misma actividad y la misma exuberancia en la ciencia y en la religión que en política. Hay 10.000 estudiantes en la Universidad y 60 profesores. Un estudiante se aloja por 20 francos al mes y vive alimentado con macarrones, frutas y legumbres: se come poco en este país. Las cosas necesarias andan baratas. La erudición y la dirección son alemanas; se lee á Hegel correctamente; el señor Vera, su más celoso y acreditado intérprete, desempeña una cátedra. El señor Sparenta intenta descubrir una filosofía italiana y de encontrar en Gioberti una especie de Hegel italiano. Se ve que el amor propio y las preocupaciones nacionales penetran hasta la especulativa pura. Ayer un diario alababa un cuadro italiano moderno expuesto en el Museo, quejándose de que los italianos no admiran bastante á sus artistas y cometen la debilidad de estimar demasiado el arte extranjero. Todo esto es sencillo, pero muy sincero.

Los jóvenes y el público todos se interesan por extremo en estas investigaciones. Nápoles es la patria de Vico, y ha mostrado siempre una gran aptitud para la filosofía. Ultimamente se disponía con premura á una exposición de la *Fenomenología* de Hegel. Traducen aquí sin dificultad las frases especiales, las abstracciones, y ¡sabe Dios qué abstracciones!

Del centro se extiende el sistema á las diversas ramas. Los estudios de derecho sobre todo, son muy fuertes, según me dicen, y desde luego conducidos á la manera alemana. Los estudiantes están todavía encerrados en las fórmulas y las clasificaciones de Hegel, pero los profesores comienzan á salirse de ellas y á buscar su camino por sí mismos, cada uno á su modo, y siguiendo su propio espíritu. Las ideas son aún vagas y flotantes; nada está formado, todo se constituye.

Entretanto, se puede preguntar si el alimento que toman está bien elegido, y si los espíritus nuevos pueden asimilar tal alimentación, esto es, la carne mal cocida y pesada. Se nutren con apetito de jóvenes, como los escolásticos del siglo XII devoraron á Aristóteles, á pesar de la desproporción, con peligro de no digerir y hasta de atragantarse. Un extranjero muy instruido que reside aquí hace diez años me responde que comprenden naturalmente el razonamiento más difícil y todas las disertaciones alemanas, pero mucho menos bien los libros franceses. Si se les hace leer las novelas de Voltaire, no se divierten más que á medias. No sienten la gracia, no ven en su ironía más que un medio de esquivar la censura. M. Renán, á quien admiran infinitamente, les parece tímido: «¿Pero por qué toman tantas precauciones?—preguntan.—Es un restaurador delicado del cristianismo.» Su arte acabado, su tacto, su sentimiento tan poético y tan comprensible, se escapan. Traducen aquí su libro, han comprado en Nápoles 10.000 ejemplares; consideraban como una felicidad el ver y tocar una carta escrita de su mano, pero lo que aman en él es el luchador, no el crítico. He aquí por qué han hecho un éxito al

*Maldito* (1); se lee este título fijado en todas las librerías. Esta artillería gruesa les regocija. Piden un vigoroso ataque, una ruda exposición de los hechos; se vengan de su antigua esclavitud.

No hay un solo diario bueno. La moda de los periódicos de un sueldo se ha establecido, y la redacción es contratada. Echan á volar las noticias telegráficas y quieren verlas apoyadas por una gran tirada. Desde este punto de vista es como juzgan ellos nuestros diarios franceses; no gustan de la elocuencia moderna, del estilo contenido y la fina ironía de M. Prevost-Paradol; prefieren los *Premiers-Paris* de los periódicos democráticos. Recordemos nuestros propios periódicos del 89, sus declamaciones, sus frases gruesas y su retórica vacía.

Ayer, desayunándome en el café, encontré en un periódico de un sueldo un folletín singular, la cuarta lección del profesor Ferrari sobre la *Filosofía de la historia*; expone las ideas de Giannone, sus investigaciones precoces en materia de historia religiosa; según Giannone, los primeros cristianos no creían en el paraíso; su dogma fundamental era la resurrección de los cuerpos; hasta la resurrección, los muertos permanecían en una especie de inercia y á la expectativa; poco á poco la teología se desarrolló y puso aparte á los fieles difuntos; bien pronto San Agustín les concedió una semibeatitud previa; bajo el papa San Gregorio, suben derechos al cielo. Es evidente que tales ideas, tan libremente expuestas y tan am-

(1) Novela anticlerical francesa de un clérigo exjesuíta que se firmaba el Abate \*\*\* y tuvo en Francia inmensa aceptación. Fué traducida al castellano. Sus obras son la citada y *El Fraile*, *La Monja*, *El Confesor* y *El Jesuíta*.

pliamente popularizadas, deben hacer un gran efecto.

El colegio de jesuitas está ahora bajo la invocación de Victor Manuel. En la calle se encuentra á los escolares de los diversos establecimientos, conducidos, no por un sacerdote, sino por un sargento. Sobre esta transformación y sobre el incremento de la educación pública, fundan sus mejores esperanzas. Han establecido cincuenta y ocho escuelas comunales en Nápoles y una en cada capital. En la clase media es ya mucha la gente que sabe leer. Todos los libros interesantes ó sabios de Alemania, de Inglaterra y de Francia, llegan á casa del librero Detkeus; las obras más sólidas de fisiología, derecho, lingüística, y sobre todo de filosofía, encuentran allí muchos compradores: aquella tienda es por la tarde una especie de club literario y científico. Experimentan una satisfacción en charlar libremente, y con especialidad sobre estos grandes puntos: «Hace tres años —dicen— ni aun con la puerta cerrada nos hubiésemos atrevido á hablar. Si se nos hubiese visto juntos, hubiéramos tenido un espía detrás de nosotros.» Están, pues, ahora en todo el ardor de la producción y del renacimiento. Se registra con afán Pompeya y se publican los nuevos descubrimientos en magníficas entregas adornadas con dibujos policromos. Es un placer ver estos finos semblantes italianos, estos ojos expresivos, y adivinar bajo las maneras reservadas el ardor interior. Se expresan alto ó dejan atravesar esa alegría profunda propia de un hombre que mueve sus miembros después de haber estado largo tiempo en prisión. En lo tocante á ideas, carecen de preparación conveniente. Ya bajo los Borbones, dos ó tres librerías hacían fortuna con el con-

trabando de libros, pagaban al aduanero y al vista, y ocultaban los libros bajo su cama, para venderlos secretamente al quíntuplo de su valor. Así se han formado buenas y hermosas bibliotecas, hasta en las mismas provincias, por ejemplo, la del padre del poeta Leopardi. Tal cual noble de menor cuantía, tal cual burgués retirado, estudiaba, no ciertamente para la gloria ó el provecho (era un peligro ser sabio), sino tan sólo por aprender. De esta manera se aprende pronto y mucho. Yo he visto un joven de veintiún años que ha trabajado así, solo y por sí mismo, y que sabe el sánscrito, el persa y hasta una decena de lenguas; que conoce muy bien á Hegel, Herbart, Schopenhauer, Stuart Mill y Carlyle; que está al corriente de todos nuestros escritores franceses y de todas las novedades alemanas, de todo lo que se refiere al derecho, á las filosofías, á los estudios de lingüística y de exégesis. Su erudición y su comprensión son las de un hombre de cuarenta años; ahora va á completar su educación pasando un año en París y en Berlín. He aquí hermosos gérmenes: yo deseo que tenga muchos semejantes y que se desarrollen; pero no es de todos el aprender á la fuerza y desear el choque de las ideas; hace falta producir, crearse una vida propia; sin invención, no hay cultura verdadera. Algunos de mis amigos manifiestan sus inquietudes sobre este punto; juzgan superficial una erudición semejante y dicen que la nueva ciencia es una especie de ópera, un gran cuento de hadas, al que se entregan los cerebros especulativos. «Algunos eruditos —dicen— importan y acumulan montañas de materiales extranjeros, multitud de curiosos se agrupan y estrechan alrededor de los planos, de los facsimiles y de las copias de las arquitecturas ex-

tranjeras: ¿quién conservará y ejecutará el monumento nacional?»

### En las calles, en el paseo, en el teatro

La mayor parte de las mujeres son ordinarias, pero hay muchas jóvenes muy lindas y elegantes, perfectamente vestidas. Uno de nuestros amigos que ha recorrido Italia, decía que se encuentran en todas las ciudades pequeñas gentes que han comido un pedazo de pan y queso, pero que tienen guantes nuevos y parecen salir de casa de Dusautoy. La regla universal es que cuanto más piensa un hombre en las mujeres, mejor se viste.

Muchos de ellos tienen una cabeza como la del Correggio, aire tranquilamente voluptuoso y sonrisa continua de sosiego feliz. Esto es bien apreciable y hace comprender de qué especie son sus amores.

Cuando hablan á una mujer, esta sonrisa se vuelve más insinuante y más tierna; nada de picaresco, ninguna petulancia á la francesa: tienen el aire soñador, parecen saborear deliciosamente, una á una, como gotas de miel, las palabras que van á caer de su boca. Las cancioncillas populares, la música nacional, la ópera de Cimarrosa, expresan el mismo sentimiento.

En el pueblo, toda joven de quince años tiene un enamorado, todo joven de diez y siete es novio. Y las pasiones son más fuertes y más duraderas. Los dos amantes piensan en el matrimonio, y lo esperan asimismo todo el largo tiempo que les es preciso, es decir, hasta que el novio haya podido comprar la pieza principal del mobiliario, una ca-

ma inmensa y cuadrada. Observad que él no vive como un trapense durante el intervalo. Ninguna población es más dada al placer ni más precoz; de trece años, un niño es ya un hombre.

La joven está en su ventana, pasa el mozo, vuelve á pasar, se detiene bajo las puertas cocheras y ambos se hacen señas. En la calle en que habito hay cierta ventana medio abierta; el amante, en coche, sube y baja la calle treinta veces seguidas al mediodía y después va á pasearse á la Villa-Real. Podéis sin inconveniente preguntar á una joven si tiene novio:—Sí, por cierto; para no tenerlo sería preciso que yo fuese bien fea ó anti-pática.—¿Pero le amáis?—Ciertamente; ¿creéis, pues, que no tengo yo corazón?

He visto ayer lá pintura exacta de estas costumbres en el teatrillo popular de San Carlino. Las dos enamoradas son verdaderas modistillas de Nápoles; una vivaracha y picante, la otra gordita y fuerte, ambas vulgares, apetitosas y «fanfarronas», ensordecedoras de injurias cuando se traban de palabras. En medio de estas maneras populares, el amor florece como una rosa entre tiestos y pucheros rotos. No se imagina una sonrisa más bella que la de Annarella hasta que al fin acepta á Andrés. Sus hermosos dientes, sus labios entreabiertos, sus grandes ojos, llenos de una complacencia tierna y de una felicidad expansiva, todo su ser se ensancha; no tiene ni finura ni gazmoñería, como en Francia; no melindrea. El le besa la mano, y por tanto no es más que un medio burgués, casi un hombre del pueblo, pero la ama desde hace tres años. Hermoso gesto, al mismo tiempo familiar y tierno: pone la mano sobre sus cabellos para levantar un rizo.

Imposible á las gentes de aquí pensar en otra

cosa; es la idea dominante, está sugerida por el clima y el país. Esto se comprende mucho mejor, se siente desde que se pasa una hora sobre este mar. Desde la barca, yendo hacia Posilippo, se ven las posesiones, los palacios descender hasta el agua reluciente: algunos tienen basamentos donde entran las olas. Los jardines bajan por pisos, con olivos, naranjos é higueras de las Indias, cabelleras de hierbas trepadoras que revisten la desnudez de la roca. En las alturas, las copas redondas de los pinos parasoles se dibujan casi del todo negras sobre el claro cielo.

Nápoles se aleja y no es más que un vasto hormiguero blanco. El Vesubio crece, mostrándose en toda su amplitud. El azul lo cubre todo. No hay más que azul sobre el mar, en el cielo, sobre la tierra, y los delicados matices de sus tonos no hacen más que volver más suave este concierto de colores. Las montañas se parecen á la garganta de una tórtola; el mar tiene el color de un vestido de seda, y en el cielo de terciopelo pálido la luz se derrama como un polvo finísimo. Sólo, allá muy lejos, un grupo de barcas blancas parece una nidada de gaviotas: viento tenue llega al rostro y mece la barca. No se piensa en nada, se siente este aire acariciante y tibio y se mira el ondear de las rizadas olas.

\* \* \*

Estos amores no son siempre tranquilos. Anteayer he visto descender del vagón una joven que tenía tres anchas heridas de cuchillo en ambas mejillas; es que su amante la ha marcado para impedirle agradar á un rival. Sucede á veces que una joven así acuchillada se casa con el agresor

y lo excusa ante los jueces: «Es por mi culpa; él estaba celoso; yo lo he provocado.» Parece que los nervios de estas gentes están excitados por todas las desigualdades del clima y que son improvisadores en cuchilladas como en otra cosa cualquiera. Ocurren, pues, muchos homicidios de esta especie hechos sin premeditación. La pena es de veinte años de grillete.

En todas las cosas, la primera impresión es demasiado fuerte entre ellos. El, apenas tocaba el gatillo: parte de pronto el tiro de la pasión, exageradamente en verdad, á veces terrible, con frecuencia grotesca. Los vendedores que pregonan sus mercancías parecen unos poseídos. Esta mañana, mientras me desayunaba, un vendedor de quincalla ha derrochado en una media hora gestos bastantes para exceder durante tres meses á dos actores cómicos. Ponía él sus géneros de venta en manos de los asistentes; soplabá en sus caracolas como en una trompeta; pesaba con la mano sus relojes de un sueldo como si fuesen de oro; hacía escuchar su tic-tac ilusorio; tomaba una voz llorona y tierna para obtener un *grano* más; tenía aire de admiración entusiasta ante sus muñecas; bufoneaba y se movía tanto, creo yo que más por su gusto que por el interés del comercio; era un modo de desahogar la satisfacción interior. Dos cocheros que se pelean tienen aire de querer salirse de su propio pellejo. Un minuto después no piensan más en lo sucedido. El gusto del oropel viene de la misma fuente; las mulas están empenachadas con pompones, los carruajes están engalanados con complicados adornos de cobre y el coche fúnebre con un marco dorado: las mujeres no pueden pasar sin cadenas de oro; jóvenes pobres ponen por encima de sus harapos

un chal rojo con ramos ó un pañuelito de seda encarnado con flores; es la imaginación que chispea y hace explosiones al exterior.

Así hacen todas las cosas pronto, fácilmente, sin timidez ni embarazo. Mi cochero de Castellamare era un orador; la única dificultad estaba en hacerle callar. Una mujer del pueblo os echa discursos, os da consejos, corrige vuestra pronunciación; es familiar y á nadie se siente inferior. A veces se dan muestras de respeto, pero nada de verdadero respeto. Esta especie de carácter no se contiene. El hombre es demasiado dispuesto, demasiado seguro de su facilidad y aptitud para sentirse embarazado ó contraído delante de alguien ó de algo.

Muchas cualidades buenas pueden observarse. Dos extranjeros que viven aquí, y de los cuales uno es jefe de taller, se deshacen en alabanzas de estas gentes después de haberlas tratado durante diez años. Aman todos aquí apasionadamente á sus hijos: cuando el padre vuelve de la pesca, la madre los lleva á su presencia; él los toma, los besa, los acaricia y les hace toda clase de mimos. Adoran al niño en general, no solamente á sus propios hijos. La gentileza, la belleza inocente de esta edad les conmueve; es una poesía, y ellos la sienten. Cuando M. B. está ausente, los obreros de la fábrica acarician á sus hijos y se enternecen con ellos, á veces con lágrimas en los ojos.

La mayor parte de los matrimonios tienen un rebaño de niños: siete, ocho, hasta doce. No evitan el tenerlos; al contrario, eso les place; los que mueren se convierten á juicio suyo en angelitos del paraíso. Para los otros la protección segura de los padres es como un instinto de animal. Un burrero de Salerno que tenía doce chiquillos, res-

pondía á los que le compadecían por esto: «Pues aun espero tener otros cuatro.» Una naranja cuesta un céntimo; con una camisa se está aquí vestido; las tres cuartas partes del año se puede dormir al aire libre. Se casan muy jóvenes. A los veinte años, hasta en la clase burguesa el hombre toma una mujer. Hay muchos matrimonios de inclinación, y así las jóvenes que no tienen dote encuentran sin dificultad un marido. Se ven gentes del gran mundo casarse con obreras; una modistilla italiana no tiene que trabajar mucho para parecer una señora.

Las gentes del pueblo son muy sobrias; á veces un trozo de pan y una cebolla constituyen su cena. Tal cual viejo obrero, que ha hecho de su hijo casi un señorito, no come más que un *grano* de pan diario (cuatro céntimos). Trabajan todo el día y á veces hasta media noche, salvo la siesta desde las dos á las tres. Se ven zapateros al aire libre, tirando de la lezna desde por la mañana hasta la tarde. Los caldereros, que detrás de la puerta ocupan calles enteras, no cesan nunca de golpear. M. B. tenía necesidad de cincuenta mujeres para desgranar el algodón; doscientas cincuenta de ellas invadieron el local al saber esto y arrollaron al portero, que intentaba contenerlas.

Sin embargo, producen menos que los obreros franceses ó los italianos del Norte, y es preciso un vigilante que los sujete á su trabajo.

Son niños brillantes, vaporosos, entusiastas, sin equilibrio, entregados totalmente á la Naturaleza. En su estado habitual son amables y hasta dulces; pero en los peligros, en la cólera, en tiempos de revolución ó de fanatismo, llegan hasta el colmo del furor ó de la locura.

### En el teatro de San Carlos

Hay seis filas de palcos, y la sala es magnífica, no demasiado iluminada, no deslumbrante. Saben halagar la vista y todos los sentidos. Los espectadores no están amontonados como entre nosotros, en la Opera ó en los Italianos. Los corredores del teatro son anchos: un pasillo vacío permite circular alrededor del patio, cuyos asientos están elevados algunos pies, á fin de proporcionar aire y frescura.

En cambio, este es en todo lo demás un teatro de provincia, viejo y medianamente limpio. No hay casi lujo en los espectadores, y sin embargo canta *El Trovador* la famosa Titiens, y el precio es doble. Las decoraciones, excepto una, son mezquinas y las del baile casi ridículas: el infierno, entre otras, con sus rocas amarillas, parece un mobiliario de terciopelo de Utrecht, prestado á una casa amueblada. El tenor es un grotesco inflado, especie de Hércules Farnesio estropeado; lleva uno de esos viejos cascos de carrillera que no se ven más que en las tiendas de hierro viejo. La contralto y Azucena le hacen bueno. Los trajes son de épocas atrasadas; aquí tratan la Edad Media como nosotros lo hacíamos bajo el Imperio; ved para convenceros en nuestras posadas de provincias los trovadores pintados en los relojes de pared. Únicamente la Titiens se presentó menos mal ataviada. Todos han cantado mal, y por eso la actitud del público era burlona en demasía: á la menor nota rozada, silbidos y cantos de gallo formaban un sólo ruido; un instante después, si lo demás

estaba bien cantado, una salva estruendosa de aplausos. Varios hombres del patio cantaban los aires y aun las partes mismas de orquesta, á media voz y muy afinados. A la puerta, las gentes del pueblo hacían esto mismo. Así también, las cantantes callejeras, si tienen la voz agria, no dan tampoco notas falsas. Son aquí todos verdaderos músicos que comprenden los matices, los aciertos y las faltas en música, lo mismo que en París comprendemos las delicadezas de lo cómico y de lo picaresco.

La primera bailarina es la *signora* Legrain, una francesa, y el baile es aún más feo que en París; son los mismos retorcimientos, la misma movilidad y la misma agitación de araña delgada y ágil. Todo lo que entre nosotros sostiene el baile en el gusto del público, falta aquí: ni gusto, ni elegancia, ni frescura; al menos nosotros tenemos decoraciones que valen algo, casi son cuadros, y tenemos vestidos que encantarían á un poeta, armaduras que encantarían á un anticuario. Ciertamente que nuestra centralización, que nos hace tanto mal, nos da en cambio todas nuestras cosas superiores: la ópera, la literatura, la conversación y la cocina.

### En San Carlino

Hacen esta tarde las *Ménechmes* (1) arregladas á la napolitana. En toda Italia traducen piezas

(1) Comedia del francés Regnard, imitación de otra antigua de Plauto. Nek-me quiere decir *parecido*, y en el parecido de dos hermanos estriba toda la intriga de la obra, como la fundó luego el autor del libreto de *Giroffe Giroffa*.—(N. del T.)

francesas, pero aquí el arreglo es más bien una obra nueva: los tipos, las costumbres, el diálogo, la lengua, son propias en Nápoles y populares.

El teatro es seguramente popular, una especie de sótano donde la multitud de modistillas, obremos y mercaderes, vestidos de vieja pana y con gorra, se aprietan y amontonan, llenando el local. El calor es tan fuerte como el olor, y las pulgas se os suben por las piernas; pero los actores trabajan muy bien, tienen mucha naturalidad y gran costumbre de las tablas, lo que no es de admirar: hacen la misma obra diariamente dos veces, por la tarde y por la noche.

Algunas escenas son excelentes, entre otras las de un joven enamorado que es despedido por su querida: nada de amor propio, sino un verdadero dolor desesperado que estalla en movimientos de indignación y en súplicas apasionadas. Un francés pondría aquí la dignidad herida. Casi todos los actores son mímicos admirables, principalmente el tabernero y su mujer. Su rostro se contrae sin cesar; veinte expresiones se hacen y se deshacen en un minuto, y todas tan justas y tan completas, que con una capa de yeso se les podría sacar una mascarilla de modelo.

El argumento es burdo, francamente de la escuela de Rabelais. El padre cuenta que ha tenido dos gemelos el mismo día. «¡Bella noticia!—dice Polichinela:—la cerda del vecino ha tenido siete.» Es una comedia genuinamente bufa, con rasgos de fantasía; otras que he leído, recuerdan por la locura de las imaginaciones las grandes bufonadas de Aristófanes. Polichinela es perfectamente gandul, adulador, dado á la gula, llorón, vicioso y también espiritual; un burlón que no es malo en el fondo, pero que vive sobre el vecino y se divierte

haciendo derroche de sí mismo. Un filósofo moralista que he encontrado aquí, dice que este retrato es el de Napoleón tal como lo hicieron los Borbones; es un griego degenerado (1), de admirable inteligencia, astuto y malicioso hasta el exceso, pero empleando todas estas cualidades en el mal, desmoralizado por el gobierno que robaba, por los jueces que dejaban á las partes sobornar los testigos, por la corrupción albergada en altas regiones, por la convicción, sin cesar comprobada, de que la honradez no conduce á cosa buena y acaso es perjudicial. Hoy mismo, si son algo morales, se deberá más bien á un cálculo de interés bien entendido que á impulso de la conciencia. Lo que domina aún en ellos es el espíritu obsequioso, la ligereza, el arte de esquivar y desviar las dificultades, la aversión al empleo de la fuerza, el talento de hablar, de burlarse, de ser parásitos, entrometidos y domésticos. Al lado de ellos, como otras veces junto á los griegos, los italianos del Norte son muy torpes. Cuando los piamonteses á su llegada han querido poner en orden la administración, se les ha complacido con celo y sonriendo, pero se les ha engañado sin dificultad. Como los griegos, tienen una aptitud notable para la filosofía; esto se ve hasta en los seminarios, entre jóvenes ó muchachos aldeanos. Como los griegos, en fin, lo adivinan todo y se instruyen sin maestro. Mignia en Pompeya había aprendido el inglés y el francés en dos años, él solo, por la conversación de los viajeros, preguntando y escribiendo en un viejo cuaderno de papel gris las palabras que no sabía. «Yo os declaro nuestros vicios—añadía mi moralista,—pero el

(1) Græculus.

natural es bueno, la inteligencia es rica, y la imaginación sobrepuja demasiado en estas gentes al carácter. Para conducirlos, dígame: ¿qué gobierno vale más, un déspota que aprisiona á los sabios, ó una burguesía que funda escuelas?»